

EL CORAZÓN DE LA DONCELLA

Caroline Bennet



Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Título original: El Corazón de la Doncella

© 2007 Mónica Peñalver González. Reservados todos los derechos
© 2007 ViaMagna 2004 S.L. Editorial ViaMagna. Reservados todos los derechos.

Primera edición: Octubre 2007

ISBN: 978-84-96692-63-3

Depósito Legal: M-41228-2007

Impreso en España / Printed in Spain

Impresión: Brosmac S.L.

Editorial ViaMagna
Avenida Diagonal 640, 6ª Planta
Barcelona 08017
www.editorialviamagna.com
email: editorial@editorialviamagna.com

Dedicado a mi padre y mis hermanos: Merce, Bego y
José. A Omar y Astrid (mis otros hermanos)

1

Diciembre de 1505, Canal de la Mancha

La quilla del barco se abrió paso entre las aguas grises y agitadas del océano Atlántico. En la cubierta, amparado bajo el palo de mesana, Hugh De Claire observó el mar. Sus ojos se alzaron hasta el velamen cuadrado que el viento agitaba con rudeza invernal. Los tres mástiles mostraban sus velas hinchadas, preñadas por el aire del oeste. «Una noche más de temporal», pronosticó visiblemente descompuesto. Odiaba navegar casi tanto como las tormentas. Mascó una maldición aferrándose con fuerza a las jarcias cuando el intenso oleaje vapuleó el mercante, una carraca de sólida factura y pesada apariencia por la gran bodega que abombaba su casco, ideal para el transporte de mercancías. El barco formaba parte de la incipiente flota que Hugh había creado en previsión de los beneficios que el comercio con el continente dejaría en sus arcas a medio plazo. Pese a ello, navegar seguía careciendo para él de atractivos. ¡Pardiez! ¡Su medio era la tierra firme, no el agua!

Una nueva ola elevó la proa sobre las embravecidas aguas, después, con la misma celeridad con la que se había elevado, volvió a hundirse, permitiendo que una cresta de espuma salada barriera la cubierta. Un sudor frío le corrió por las sienas. Disimuladamente, espío a su alrededor al sentir una arcada. Varios marineros trabajaban en diversas zonas

CAROLINE BENNET

del barco, concentrados en ajustar cabos, fijar cabotajes y plegar velas. Logró contenerse justo a tiempo y, sin importarle ya si alguien era testigo de su malestar, se inclinó por la banda de estribor e, ignorando el peligro de acabar por la borda, devolvió su cena sobre agitado mar. El vómito alivió fugazmente su mareo. Discretamente, se enjuagó la comisura de los labios con el extremo de su capuz tratando de recuperar el aplomo necesario para tambalearse camino del castillo de proa. El camarote vacío no menguó sus molestias, era estrecho, oscuro, y concentraba el olor a humanidad y humedad de las bodegas. Se dejó caer en el incómodo catre y cubrió su rostro con un brazo. ¡Odiaba los barcos, el mar y las tormentas!, se repitió a sí mismo esforzándose por alcanzar el sueño. Si las inclemencias se lo permitían, llegarían al puerto de Ámsterdam en dos días. Se preguntó por sus ilustres invitados, los embajadores que Enrique VII había nombrado para aquella particular empresa. Una punzada de culpabilidad lo asaltó al recordar lo precipitado de su partida durante la opípara cena que los emisarios reales disfrutaban en el camarote principal. Esa misma noche debían de acordar la estrategia a seguir para conseguir la comercialización del grano procedente del báltico. ¡Y pestes del infierno!, a él le era imposible concentrarse en nada cuando sus tripas gemían y se retorcían como si tuvieran vida propia.

Enrique esperaba que las emergentes ciudades holandesas se convirtieran en sus nuevas aliadas comerciales, sustituyendo el monopolio comercial de la Liga Anseática¹ y aislando a Francia, su eterno enemigo. El Consejo Real había decidido emprender aquella campaña desde Ámsterdam para posteriormente extenderla por las principales ciudades del antiguo condado holandés (ahora bajo dominio borgoñés). De Claire, excelente conocedor de esos mercados, había sido reclutado como patrocinador y consejero de los emisarios reales y obligado a ceder uno de sus buques para tal empresa. Una empresa que

1- La Hansa era una federación de ciudades del norte de Alemania y de comunidades de comerciantes alemanes en el mar Báltico, Países Bajos, Noruega e Inglaterra.

EL CORAZÓN DE LA DONCELLA

había comenzado con mal pie. Para empezar, la segunda nave, un navío militar que debía de escoltarlos en su viaje, había regresado al puerto de Greenwich² al abrirse una vía de agua en su casco, lo cual los dejaba con una única línea de artillería ante la rapiña de los Vitalianos³, piratas que bordeaban el continente en busca de incautas víctimas. Con el invierno en puertas, la travesía se había complicado con tormentas y vientos que los abligaron a recalar en Calais, último bastión inglés en el continente, durante casi dos semanas. Esa lista de despropósitos finalizaba con el descubrimiento de que no estaba hecho para navegar. Le había sido imposible retener nada en el estómago desde su embarque. De poder ver su reflejo, estaba seguro de que el color de su piel había mutado a verde oliva.

Londres

No había nada más delicioso que los pasteles de miel y almendra, decidió Lady Anne Philippa Darkmoon dejando caer un trozo de la pegajosa masa en su boca. Su mirada vagó por las animadas cocinas, efervescentes de actividad con la llegada del almuerzo. Las alborozadas conversaciones se vieron silenciadas repentinamente con la llegada de la cocinera mayor, Mistress Grint. La mujer gobernaba aquel pequeño reino con la despótica inflexibilidad de un tirano. Sus ojos redondos, incrustados en un rostro mofletudo perpetuamente rojizo, brillaron bajo su cofia rígida recorriendo la estancia como dos pequeños detectores de malos usos. Al descubrirla sobre el saliente de piedra próximo a la mesa donde se amasaban los pasteles, se detuvieron con manifiesto desagrado.

—¿No deberíais estar en el salón atendiendo a vuestro pretendiente, mi señora? —inquirió mientras un suspiro colectivo se elevaba a su espalda.

2- Puerto militar de la armada inglesa en esa época.

3- También conocidos como *Likendeeler* (igualitarios), piratas que bordeaban las costas continentales europeas.

CAROLINE BENNET

Por esta vez, sería Lady Anne la receptora del airado carácter.

—¿Ha llegado ya? —interrogó la joven con desinterés dejando caer un trozo más de masa en su boca.

—¡Oh, vamos, señora! ¡No tengo tiempo para juegos de salón! —gruñó a la vez que supervisaba el cofre de especies al que solo ella y la joven tenían acceso.

—¿Juegos? ¿A qué os referís? —preguntó la joven frunciendo el ceño, imagen misma de la inocencia.

—Lo sabéis perfectamente. Tendéis a desaparecer en cuanto vuestros pretendientes anuncian su llegada. Entonces, Lady Botwell se vuelve loca buscándoos por esta bendita casa, movilizándolo para ello a todos mis ayudantes mientras mi pan se quema en los hornos y mi carne se pasa en los espetones —manifestó extrayendo un frasquito de pimienta y entregándoselo a uno de sus ayudantes—. Cuídate de no gastar en demasía —ordenó sin despegar la mirada de la joven ama.

Anne miró al pequeño grupo de sirvientes que escuchaba disimuladamente. Sabía lo que estaban pensando, todo el mundo pensaba igual. Era un secreto a voces que la mayor heredera del reino rehuía de pretendientes y matrimonio con tesón y voluntad. Tanto, que en el círculo de la corte había comenzado a ser conocida como Lady No.

—Procuraré no importunaros con mi presencia, si eso os molesta —ofreció fingiéndose dolida.

—¡Ah, ah!, ni vuestras palabras ni vuestros ojos de cordero degollado conseguirán conmovirme —replicó la mujer, con las manos a las caderas rotundas y mirándola con fijeza—. No va con vos fingir modestia.

—Está bien —aceptó, y se limpió las manos en un paño. Poco impresionada por el carácter de dragón de la mujer, pasó a su lado para internarse en el estrecho pasillo—, pero cuando uno de esos pretenciosos pavos se convierta en tu señor, no quiero escuchar recriminación alguna —gritó sobre el hombro con efectiva teatralidad alzando las gruesas faldas

EL CORAZÓN DE LA DONCELLA

de terciopelo para salvar los escalones que conducían a las estancias principales.

La mansión capitalina que los duques de Norfolk habían cedido para su uso ocupaba una extensa parcela colmada de abedules y sauces con la idílica imagen del Támesis como telón de fondo. Su estilo era muy similar al que todos denominaban Tudor: un primer piso de ladrillo y piedra, con la apariencia de los viejos palacios de otras épocas, sobre el que se alzaban dos pisos con maderaje en la fachada de estuco añadido a un torreón de planta cuadrada. Su abrupta azotea estaba cubierta de paja, imitando el estilo campesino que tanto agradaba a Enrique. La casa había sido un obsequio del rey al duque de Norfolk, su valedor y mentor desde la niñez, por los servicios prestados en las campañas irlandesas, tras ser confiscada a su anterior dueño, un simpatizante de la causa Yorkiana. No era una mansión excesivamente grande si se la comparaba con su anterior hogar en Norwich, pero era cálida en invierno y fresca en verano, y poseía acogedores ventanales de vidrio emplomado con vistas al huerto que se extendía hasta la misma orilla del río. Pocilgas, gallineros y cuadras rodeaban el patio de losas, convenientemente alejados de la edificación principal. Había también un abrevadero con agua de su propio pozo junto al sólido muro que aislaba la propiedad del transitado camino vecinal que los campesinos utilizaban en su ir y venir diario a los mercados de la ciudad.

El vestíbulo principal se adornaba con suelos mármol dominó, y desde él se abrían las puertas de roble de sala principal, una despensa con antesala donde las criadas tendían su jergón y una habitación posterior con un lecho de baldaquino ocupado por Lady Botwell, su dama de compañía. Anne observó con anhelo la angosta escalera con base de piedra y balaustre tallado que daba paso al piso superior. Sus habitaciones eran una meta más que deseada, dadas las circunstancias. Pero no, aquello no resultaría tan fácil. Lady Botwell pondría a toda la casa en jaque con tal de arrastrarla ante su pretendiente.

CAROLINE BENNET

Justo en ese instante, un niño de apenas diez años traspasó la arcada principal portando una jarra de vino vacía sobre una fastuosa bandeja de plata. Lady Botwell parecía dispuesta a impresionar al conde, pensó cáustica. El paje miró sorprendido a su señora al encontrarla apostada junto a la pared.

—¿El conde se ha bebido toda la jarra? —interrogó con voz queda, colocándole el bonete de fieltro marrón sobre la desgredada cabellera cuando lo tuvo al alcance.

—Sí, señora.

Anne olisqueó la jarra arrugando la nariz con desagrado. Su mejor caldo desperdiciado con aquel pavo real. ¿En qué estaría pensando Lady Botwell? Todo el mundo sabía que en cuestión de llenarse el buche, el conde no hacía distinción entre un buen vino y el agua de los charcos.

—Lady Botwell me envía a por más a las bodegas.

Una brillante idea se abrió paso en su cabeza. ¡Ahí estaba!, la manera eficaz de deshacerse de Lord Morgan y ahorrar su buen vino.

—Yo cumpliré con ese cometido, Nathaniel, aguarda aquí. —Repentinamente inspirada, hizo un alto para cambiar esa última orden—. Mejor, regresa a las cocinas y cuenta en voz alta lo mucho que le gusta el vino a Lord Morgan —dijo, despachándolo con bandeja incluida. El niño asintió conforme. Si podía franquear la vigilancia de Mistress Grint, tal vez encontrara alguna migaja con la que entretener el hambre.

Anne salió de la casa para dirigirse hacia uno de los edificios agregados a la construcción principal. Rebuscó entre el atado de llaves que colgaba de su cintura y eligió una pieza dentada de grandes proporciones para abrir la puerta. Los goznes chirriaron dolorosamente, como una fría y oscura bienvenida. Sorteó el intrincado laberinto de barricas sin necesidad de iluminarse, conocía el lugar como la palma de su mano. Se detuvo ante un barril de roble y sonrió apartando las telarañas que cubrían el bocal. Era justamente lo que estaba buscando, pensó mientras escanciaba hasta llenar la jarra.

EL CORAZÓN DE LA DONCELLA

La figura de Gantes O'Sullivan apareció en la puerta mirándola con curiosidad. El irlandés rondaba la casa aburrido ante la falta de actividad. Tiempo atrás, se había convertido en uno de los hombres más valiosos del Dragón en Irlanda. Tras el traslado de la joven a la ciudad, ocupaba el puesto de capitán de su guardia.

—Ese vino está avinagrado, mi señora, solo es apto para fregar suelos o desinfectar heridas —le informó.

—Lo sé. —La joven sonrió cerrando el flujo de líquido y enderezándose—. Estoy ejerciendo mi buena labor del día —explicó.

El capitán se hizo a un lado permitiéndole el paso. Había un brillo burlón en sus ojos, pero se abstuvo de hacer ningún comentario.

Anne regresó al vestíbulo con una sonrisa complacida. Sin vacilar, entró en la sala con una expresión beatífica.

—¡Lord Morgan! ¡Qué agradable sorpresa! —saludó inclinando graciosamente la cabeza, apenas cubierta con un tocado sin frentero que dejaba ver su oscura cabellera.

El caballero se puso en pie al verla mientras mantenía su mano en el pomo de una ostentosa espada, apta para impresionar a cualquier doncella, pero inservible en el campo de batalla. Era un hombre alto, de anchos hombros y voluminoso abdomen, prototipo del galán que tanto se estilaba en la corte, y vestía con la elegancia propia de uno de ellos. Capa corta de terciopelo a juego con su bonete emplumado. Su jubón, profusamente bordado en hilo de oro, se adornaba con botones de carey. El volumen de sus piernas embutidas en medias de lana granate le trajeron a la memoria el recuerdo del viejo percherón que en Norfolk se utilizaba para uncir a los carromatos más pesados. El profuso vestuario tenía como último toque de opulencia unos greguescos acuchillados⁴, el último grito en moda cortesana, cuya bragueta se adornaba con lazos granates de los que colgaban pequeños remates metálicos que tintineaban desagradablemente ante cualquier movimiento del varón. Obviamente, Lord Morgan confundió

4- El uso de esta prenda se popularizó realmente con Enrique VIII.

CAROLINE BENNET

su estupor con admiración y con presteza, tomó la jarra de su mano para dejar caer un ardoroso beso en su dorso tras una galante inclinación.

—Mi señora, vuestra presencia ha iluminado este día triste y gris con su belleza.

El trillado cumplido hizo que la joven elevara una ceja y mirara escépticamente a Lady Botwell, que desde una esquina de la sala le lanzó una mirada de ansiosa complacencia.

—Siéntese, milord, y déjeme servirle un trago que le refresque el gáznate mientras nos cuenta su viaje a Castilla —ofreció una vez recuperó la mano de sus atenciones.

El hombre consintió y se dejó caer de nuevo en la silla de cadera y alzando la copa de peltre que Anne rellenó hasta el borde con esmero.

—Castilla aún guarda luto por su reina muerta. Isabel ha dejado su propia marca entre los nobles castellanos. Todos ellos desconfían de las pretensiones de su viudo Fernando tanto como de su ambicioso yerno, y tienen motivos, creedme, ambos son sanguijuelas. Según comentan, Felipe y Juana preparan su regreso desde Flandes para reclamar el trono de Castilla. —Morgan hizo una pausa, pensativo—. El único solaz que he encontrado en tierras tan yermas ha sido la caza. La llanura del terreno no tiene el encanto de nuestras verdes colinas, pero proporcionan un entretenimiento aceptable. En cuanto a sus mujeres, ¿qué decir?, ninguna puede igualarse a vos.

—¿Es cierto que la princesa Juana está tan loca como afirman? Dicen que agredió a una de sus damas lanzándole un peine y que a otra le cortó el pelo con sus propias manos por envidia —interrogó Lady Botwell con interés, haciéndose eco del escandaloso comportamiento de aquella reina.

Morgan dejó escapar una carcajada que sacudió el afilado acabado de una barba que trataba de ocultar inútilmente su pérdida de mentón.

—En Flandes la apodan La Terrible, si me entendéis. Son los celos lo que la enloquecen. Felipe es un hombre ga-

EL CORAZÓN DE LA DONCELLA

llardo, de buena estampa, las mujeres suspiran por él, Juana pretende un imposible al exigirle fidelidad.

—¿Acaso no está en su derecho a ello? —intervino Anne alzando una ceja—. Creo recordar que ambos juraron fidelidad con sus votos. Justo es que hagan honor a esa promesa por igual.

Consciente del peligro que entrañaba ese tipo de conversación sobre derechos y obligaciones conyugales, Lady Botwell se apuró a retomar la conversación para llevarla a un tema más seguro. Su pupila tendía a defender sus opiniones con un ardor que alguien podía confundir con simple tozudez, una cualidad poco apreciable en una doncella en busca de pretendiente.

—Lord Morgan os ha traído un regalo de Castilla —dijo señalando detrás de la joven para distraer su atención—. Un hermoso detalle ¿verdad? —preguntó instándola a una respuesta positiva.

Anne se volvió hacia el objeto, un bargueño con incrustaciones en marfil en su tapa cuyas formas geométricas imitaban el arte musulmán, tan presente en la península ibérica.

—Colocadlo en vuestros aposentos, os recordará mi persona al despertar —señaló el conde guiñándole un ojo. Elevó la copa hasta sus labios gruesos dando un primer trago.

Anne atenta observó cómo sus mejillas se tornaban carmesí ante el agrio sorbo.

—Gracias, milord, ¿está bueno el vino? Yo misma lo elegí con tiento —inquirió sin despegar la mirada del rubicundo rostro.

El hombre tomó aire secándose el sudor de la frente con la manga de su camisa blanca. La educación lo obligaba a ser cortés y no herirla rechazando el vino.

—Un poco fuerte para mi gusto —graznó esforzándose por tragar.

—Bebed, bebed y refrescaros, hay un barril entero aguardándoos —le apuró Anne—. El camino hasta aquí os habrá resultado largo, bebed cuanto deseéis.

CAROLINE BENNET

Con un poco de suerte la lengua se le dormiría y las tripas se le retorcerían, pensó Anne malévolamente.

—No tengo mucha sed —aseguró.

—¡Ah!, entonces, vuestro paladar ha cambiado de gusto con las excelencias de los caldos castellanos.

—No, es solo... —Morgan hizo un valiente intento probando un nuevo trago que le provocó una arcada. Finalmente, ante la perspectiva de tener que acabarse la copa se puso en pie, dejando a un lado el vino—. Acabo de recordar ciertos asuntos que requieren mi presencia en la corte. Nuestro joven príncipe desea que le informe personalmente de mi viaje, siente especial interés por esas tierras, como bien podéis imaginar —anunció apresuradamente.

—Pero no puede irse sin haber tomado un bocado, debemos agradecerle su regalo. Quédese y comparta mesa con nosotras. Mistress Grint ha elegido el mejor lechón de nuestras porquerizas, le agradará su forma de prepararlo; manteca de primera y nabos tiernos —ofreció Lady Botwell dispuesta a tentarlo. Y a tenor del brillo anhelante de los ojos del hombre casi lo consiguió.

Anne se vio obligada a intervenir para salvar la situación.

—Sí, quédese y le serviré mi mejor caldo —dijo con una beatífica sonrisa mientras elevaba ligeramente la jarra.

El conde frunció los labios con espanto.

—Me temo que es imposible. —Y para suavizar su negativa añadió—: En otra ocasión quizás —dispuso ansioso por congratularse con la doncella.

Dedicó un cortes saludo a Lady Botwell mientras ajustaba su espada en torno a la cintura y, sin más palabras, trasladó su enorme mole hacia la salida.

El repiqueteo de sus zapatos resonó en el patio exterior donde uno de los sirvientes sostenía las riendas de su montura. El rostro redondo de Lady Botwell mostró cierta perplejidad mientras Anne fingía interesarse por la partida del conde asomándose por la ventana. Saludó enérgicamente cuando el

EL CORAZÓN DE LA DONCELLA

conde consiguió montar su caballo con ayuda de un palafrenero y seguido de una partida de hombres armados se dirigió hacia el portón de salida. Lady Botwell se había tomado a pecho la misión de encontrar un esposo adecuado para sus intereses. No quería defraudar sus infructuosos intentos mostrando su regodeo.

—¡Que extraño!, Lord Morgan se mostraba impaciente por veros y ahora, dice tener prisa por partir —meditó la mujer, observando el exterior junto a la joven.

—Es un hombre ocupado desde su nombramiento como adjunto de Henry Richmond⁵, el embajador es un hombre aplicado en sus tareas, sin duda tiene cosas más importantes que hacer que sentarse a parlotear con dos mujeres —elucubró Anne que, indiferente, se retiró hacia uno de los asientos alineados frente a la chimenea de piedra.

—Un hombre con poder en la corte —comentó la matrona acariciando la frase entre sus labios—. He oído decir que el príncipe de Gales, nuestro joven Enrique, le tiene en alta estima y requiere de su opinión. Es una suerte que se haya fijado en ti.

—Lord Morgan me resulta algo tosco, tanto en intelecto como en apariencia —señaló ella a la vez que tomaba su bordado de una mesita cercana. Acarició con aire distraído los hilos de colores componiendo mentalmente las puntadas a dar. Siempre se le había dado bien bordar, le relajaba pensar en las combinaciones exactas para cada pieza, su ansiedad disminuía puntada a puntada cuando tenía una aguja entre los dedos.

—¿No hay hombre que te agrade? A los de hermoso rostro los llamas vanidosos, y a los de porte señorial, toscos. ¿Cuál sería, en tu opinión, el hombre ideal?

—Mis gustos se decantan por el término medio. Atractivos, sin llegar a ser hermosos, y fuertes, sin llegar a ser... gordos.

—¿Gordos? ¡Lord Morgan no es gordo! —gritó la mujer encrespada como una gallina clueca, como si el conde

5- Embajador inglés en Castilla.

CAROLINE BENNET

en cuestión fuera carne de su carne. Los lóbulos de las orejas se agitaron mientras chasqueaba la lengua—. Es fuerte y sano, y cuenta con...

—Una excelente posición en la corte —recitó ella mecánicamente.

Lady Botwell la miró ofuscada. Se trataba de una mujer generosa en formas, de voluminoso pecho y abdomen. Los amplios ropajes añadían anchura a su contorno esférico, dulcificado tan solo por la eterna bondad reflejada en sus ojos castaños.

—Cualquier doncella casadera consideraría las atenciones de Lord Morgan una bendición.

—No es mi caso. Ya habéis oído lo que ha dicho sobre la fidelidad, lo cree un defecto y no una virtud.

La matrona emitió un suspiro.

—Temo que el matrimonio de Lord Wentworth con nuestra señora haya trastocado tu visión de lo que es la vida conyugal.

—¿Qué tiene de malo que un marido ame a su esposa? —inquirió quisquillosa dando una primera puntada a su bordado.

—¡Oh!, yo no desearía para ti otra cosa, Anne, pero me temo que Lord Wentworth sea la excepción que confirma la regla.

No, no era así. Anne sabía de otros matrimonios por amor. El zapatero que surtía a la casa Darkmoon se había desposado la primavera pasada con una saludable lechera y proclamaba a los cuatro vientos que estaba enamorado de ella.

—Sabes que tu condición te obligará a aceptar un matrimonio beneficioso para tus intereses.

Si, ya sabía eso, y lo único que podía hacer era confiar en el destino y rogar por un marido aceptable. No podía prolongar su situación eternamente. Tarde o temprano, Lord Wentworth se decantaría por uno u otro pretendiente y debía de estar preparada. Se preguntó que opinaría Enrique de su

vieja pretensión de tomar los hábitos y donar su fortuna y tierras a la corona. Estaba segura de que el monarca no vería con malos ojos una decisión de tal calibre. Muchas jóvenes nobles optaban por esta clase de vida y gozaban de grandes comodidades. No sería extraño, ni insólito. Estar encerrada en un convento de por vida, dejar pasar los días entre las cuatro paredes de una celda...

¿A quién quería engañar? No había nacido para estar encerrada, ni para rezos o ayunos. Le gustaban las danzas alegres de la corte, el galanteo y la particular libertad que Wentworth le había otorgado, lo único que detestaba era saber que, tarde o temprano, todo aquello se terminaría con la llegada de un marido.

—Pero tengo derecho a soñar con un buen esposo; uno garboso y galante, de buena estampa y mejor porte. Un hombre de inteligencia sobrada y buen corazón que no sea un manirroto ni dado al juego. Que sepa apreciar el buen vino sin excederse. Que no vaya detrás de cada falda —recitó de memoria—. Alguien que sepa tratarme bien.

Lady Botwell se enterneció ante esta última declaración. No olvidaba que la joven había soportado, en su infancia, la dureza de unos familiares poco afectuosos.

—Esa lista es cada día más larga. —La mujer rió y acarició con afecto su rostro, arropándola con su cuerpo rotundo—. Dudo que exista un hombre así.